

Récogieron los nuestros los despojos,  
Maiz, yucas y chacos deseados,  
Todos muy encendidos en enojos  
Por hallar muchos indios cuarteados;  
Y no por nuevas ya, sino por ojos  
Los ven en barbacoas ser asados;  
Admiranse de tales insolencias  
Y tan abominables pestilencias.

De los nuestros perdieron tres las vidas:  
Villagomez, Aller, de quien escribo,  
Y Zarate, personas conocidas  
Y de valor y punto bien altivo:  
El Joan Fuerte sacó trece heridas,  
El cual en estos tiempos está vivo,  
Y pobre como dicen tras paredes,  
Siendo persona digna de mercedes.

Huyendo corrupcion de tantos muertos,  
Determinó la gente castellana  
De sacar los navios destos puertos,  
Y partir otro día de mañana;  
Y aquellos indios los hicieron ciertos  
Quedar atrás la tierra de Guayana,  
Y de morar mas adelante Meta,  
Provincia de algodón y camiseta.

Algunos hombres viejos han querido  
Decir ser este Meta que tratamos,  
Rio de Turmequé muy conocido  
Que sale deste reino donde estamos:  
Mas es un parecer desvanecido  
Para los que mejor lo tanteamos,  
Ni debe de caber en seso de hombre  
Ser este, ni tener aqueste nombre.

Debió nacer aquesta conjetura,  
Entre los curiosos baquianos,  
Por ser aquesta la mayor altura  
Del reino que tenemos entre manos,  
Y la mayor distancia de longura  
De los rios que vierten á los llanos,  
Pues desde aquí van unos al poniente,  
Y otros acia la parte del oriente.

Siendo pues la distancia tan discreta,  
Y con tan prolijos desvíos,  
Y en tan grande distancia se entremeta  
Innumerable cantidad de rios,  
Y todos sus vecinos llamen Meta,  
A aquel por donde entraron los navios,  
Parece por razon averiguada,  
No ser el nuevo reino de Granada.

Antes entre los dos rios distantes,  
Que son el Marañon y el Urinoco,  
Piensan haber provincias abundantes  
Y el parecer no tengo yo por loco:  
Mayormente las dos ya dichas antes,  
Cuyo compas no debe de ser poco,  
De la cual opinion son los itotos,  
Los mas cercanos y los mas remotos.

Y así nuestro Herrera, resuelto  
En proseguir aquel descubrimiento,  
Llevó los indios hasta Caburuto  
Por dar á su promesa cumplimiento:  
Enviaron un indio bien instruido  
Que diese cuenta de su salvamento  
A sus amigos, deudos y parientes  
Para que visitasen nuestras gentes.

En cumplimiento fué de sus mandados,  
Y en busca de los pueblos conocidos;  
Hallólos destruidos y asolados  
Por aquellos caribes ya punidos:  
Buscó los unos y los otros lados,  
Hasta dar donde estaban escondidos;  
Dió larga cuenta de su buena suerte,  
Y cómo los libraron de la muerte.

Sabiendo ser sus deudos y vecinos  
Libres de la prision y perdimiento,  
Y muertos los protervos y malinos  
Caribes del ejército sangriento,  
Acudieron á ver los peregrinos  
Y traelles algún mantenimiento,  
Diéronles cierta guía de buen tino,  
Para prosecucion de su camino.

Llegaron á las peñas y canales,  
A quien Ordás juzgó por imposibles,  
Por ser impetuosisimos raudales,  
Y fuerzas de corrientes increíbles;  
Y con ser increíbles ya sus males,  
Las hambres y trabajos insufribles;  
Tentaron de pasar mas adelante,  
Y la perseverancia fué bastante.

Toda la cargazon pusieron fuera  
Escepto los remeros esforzados,  
Para poder pasar á la lijera,  
De remos y de sirgas ayudados:  
Fué laboriosísima carrera,  
Pero no los trabajos escusados,  
Pues aunque sin un punto de descanso,  
Subieron do hallaron mas remanso.

La cual suerte no fué tan venturosa  
Que fuese sin desgracia de Roberto,  
Por caer de una pena resbalosa,  
Donde saltó pensando tomar puerto;  
Y por el agua ser impetuosa,  
Nunca mas pareció vivo ni muerto;  
Dió grave pena hado tan siniestro,  
Por ser valiente, suelto y hombre diestro.

Embarcados en partes mas seguras,  
Prosiguen los intentos de su vía,  
Con tantas y tan grandes desventuras  
Que ya memoria dellas se desvía:  
Murciélagos y cosas mas impuras  
Por muy grande regalo se tenían,  
Por haber en el uno y otro lado  
Inmenso campo, pero despoblado.

Yendo de la manera que refiero,  
Habiendo muchos dias navegado,  
Dieron en la gran boca del estero  
De Meta sumamente deseado:  
Alegrose cualquiera compañero  
Pensando ser coneluso su cuidado,  
Pues aunque de poblado no ven cosa,  
La tierra se mostraba mas lustrosa.

Navegados por él algunos dias,  
Con hambres y trabajos tan insinies,  
Determinaron estas compañías  
Algún tiempo dejar los bergantines,  
Para buscar algunas chuchcherías,  
Y mas enjutos términos y fines,  
A causa del invierno ser cercano,  
Y venir ya con rigurosa mano.

En este parecer determinados,  
Dejaron los navios escondidos,  
En un estero todos entramados,  
Y á troncones de árboles asidos:  
Saltaron pues en tierra los soldados,  
Y todos los demás apercebidos,  
Mancos y cojos van la tierra dentro,  
Deseando topar algún reencuentro.

Con un trabajo iban, no sencillo,  
Por ciénagas y pantanos muy varios,  
Y llevaban acuestas el hatillo,  
Los tiros y pertrechos necesarios:  
Con tal rigor que yo no sé decillo,  
Por cumplir tales trances ser sumarios,  
Al fin salió la gente fatigada  
A tierra ya mas alta y escombrada.

En saliendo de aquellos cenagales  
Y montañas de gran descubrimiento,  
Hallaron luego rastros y señales,  
Que dieron crecidísimo contento,  
Porque donde hallaban naturales,  
No podía faltar mantenimiento;  
Y así Herrera capitán esperto  
Hizo que se pusiesen en concierto.

Pero Fernandez, por su gran soltura  
Y ser en cualquier cosa diligente,  
En un árbol subió de gran altura  
Por devisar mejor aquella frente:  
Vido señal patente de cultura,  
Puesto caso que no pudo ver gente,  
Sino por grande trecho de desvíos,  
Bultos que parecían ser buhios.

Los términos ya dichos entendidos,  
Puesto que nada cierto de lo cierto,  
De necesarias armas proveidos  
Caminaron por orden y concierto;  
Mas no pudieron ir sin ser sentidos,  
A causa de ser campo descubierta,  
Y ser los indios jaguas carniceros,  
Todos vigilantisimos guerreros.

Los cuales en aquestos menesteres,  
De toda cobardia muy ajenos,  
Enviaron al monte las mujeres,  
Al inútil varon ni mas ni menos;  
Y fueron sus guerreros pareceres  
Esperar en el campo como buenos,  
Con largas guacacas, dardos y paveses,  
Sin temer de fortuna los reveses.

Salen al campo con potente mano  
Formados escuadrones como diestros,  
Compusieron el campo castellano  
También los adalides y maestros;  
Esperaron los jaguas en un llano  
Muy á pedir de boca de los nuestros;  
Por ir en los caballos quien bastaba  
Vencer y sujetar fuerza mas brava.

Llegados pues á cómoda carrera  
Cada cual deseando vencimiento,  
Hizo señal Alonso de Herrera  
Y los jaguas también de rompimiento:  
El indio se mostró con mano fiera,  
El español feroz anda sangriento;  
Unas veces los indios jaguas caen,  
Y otras veces los nuestros se retraen.

Anda la cuchillada bien espesa,  
El golpe de macana muy pesado,  
Las puntas de las guacacas atraviesa  
El sayo de algodón mas estofado;  
Pero Herrera daba grande prisa  
Al escuadrón que via mas cerrado:  
Unos traspasa y otros atropella,  
Haciendo donde quiera grande mella.

Como bala de tiro de fuslera  
De furiosos fuegos impelida,  
Que rompe con su fuerza la hilera  
De la gente mejor y mas lucida,  
La cual fué por allí red barradera,  
Pues á cuantos tocó dejó sin vida,  
Y no fué menester segunda muerte  
Para ser herederos de la suerte.

Ansí con esta misma destemplanza  
Rompió Herrera por los escuadrones,  
Dejando traspasados de su lanza  
Mil bárbaros y duros corazones.  
Aumentan ansimismo la matanza  
Ordás y Villagran con los peones,  
Bracamonte, Holguin, Joan de Losada,  
Y Torrellas, persona señalada.

De grande mortandad los campos llenos,  
Infinidad de sangre ya vertida,  
Pudieron mas al fin los que eran menos  
Poniendo á los contrarios en huida:  
Buscaron por aquellos anchos senos,  
Y hallaron buen golpe de comida,  
Con que la gente nuestra se mantuvo;  
Y después os diré lo que mas hubo.

## CANTO TERCERO,

Donde se cuenta la muerte del valeroso capitán ALONSO DE HERRERA,  
y cómo luego se volvió la gente sin pasar mas adelante.

Cuando valor de capitán florece,  
Florecen los valores del soldado,  
Si tropieza, si cae, si perece,  
El ejército queda desmayado,  
Y el ánimo de muchos desfallece  
Para no proseguir lo comenzado:  
Que miembros á contrarios miembros hieren,  
Mas muerta la cabeza todos mueren.

Lo mismo fué de los que voy diciendo,  
Aunque todos fortisimos varones;  
Pues al tiempo que iban descubriendo  
Mayores y mejores poblaciones,  
Por los achaques que decir entiendo  
Se perdieron aquellas ocasiones,  
Y por dejar de mano coyuntura  
Acaso se perdió buena ventura.

Llegaron pues al pueblo que se vido,  
De la gente de jaguas ya vencida,  
Do estuvo nuestro campo detenido  
El tiempo que duraba la comida;  
Mas el mantenimiento concluido  
Hicieron del asiento despedida,  
Y nuestros españoles peregrinos  
Siguiéron mas adentro los caminos.

El invierno sembraba sus rigores  
Ajenos de la seca del estío,  
E yendo no sin grandes sinsabores  
Vinieron á topar un cierto río;  
El cual pasaron doce nadadores  
Con sola desnudez por atavío,  
En pañetes que dicen y con suelas  
Con solas las espadas y rodelas.

Aquestos eran hombres de gran tomo  
Para bien espiar cualquiera cosa,  
Sacar un rastro y abatir el lomo:  
Y destos fué Madroño y Espinosa,  
Garci Perez de Vargas, Luis Perdomo,  
Usagre, Gaspar Alvarez, Velosa,  
Pero Fernandez, Joan de Campo, Peña,  
Torrellas y Francisco de Ludeña.

En pasando los doce desta lista,  
Cada cual recatado y advertido,  
Sin cosa de cubierta que los vista,  
Fueron por un camino muy seguido;  
Y á cabo de gran rato dieron vista,  
A cierto pueblo grande y divertido:  
Volviéronse, segun les fué mandado,  
Y de lo visto dieron su recado.

Dadas las nuevas deste hallamiento  
Y con afirmacion de no ser falsas,  
Recebieron grandísimo contento,  
Y luego se hicieron muchas balsas:  
Pasó cualquiera dellos tan hambriento  
Que pudiera comer sin otras salsas,  
Y en pasar el bagaj que se traia  
Gastaron la mayor parte del dia.

Las gentes y pertrechos colocados  
Por playas que corrian otra banda  
Hicieron allí noche los soldados,  
La cual no fué de pluvias poco blanda;  
Y los noturnos cursos acabados,  
Siguiéron con buen orden su demanda,  
Armados los caballos y peones  
Y en buena proporcion los escuadrones.

Mas antes que partiesen de la orilla,  
Del mucho trabajar ya quebrantado,  
Falleció Manuel Martin Banilla,  
Que fué valerosísimo soldado;  
Escogido peon por maravilla,  
Y en cualquiera reencuentro señalado,  
Y dada la posible sepultura  
Siguiéron adelante su ventura.

Mas aunque caminaban advertidos,  
No se pudo llevar tanto sosiego  
Que pudiesen llegar sin ser sentidos  
De los vecinos, que huyeron luego;  
Y así fueron los nuestros recibidos  
Sin nadie perturballes el entrego,  
Hallaron las comidas que les cuadran  
Y unos perrillos chicos que no ladran.

Son buenos de comer y dichos mayos,  
A los cuales también llaman auries,  
Hallaron cantidad de guacamayos,  
Papagayos y micos y cories;  
Y frutas de guayabas y papayas,  
Con no sé cuantos pájaros pajies,  
Que en tiempo y en sazón mas regalada  
Se tiene por comida delicada.

Son grandes, y uno dellos tiene cresta  
De plumas solamente bien formada,  
Otros en la cabeza tienen puesta  
Una bien hecha piedra turquesada:  
Otros la tienen verde, y es aquesta  
Tal, que la juzgareis por bien preciada;  
Mas cosa hueca es, y tal que pierde  
El muerto su color azul ó verde.

Puestos en este pueblo que ya cuento  
Con la vela que pide buen gobierno,  
Recogieron algun mantenimiento,  
Aunque poco maiz por estar tierno:  
Perseveraron en aquel asiento  
Hasta pasar la furia del invierno;  
Era cada buhio prepotente,  
Y capaz de gran número de gente.

Salían por los campos cultivados  
A buscar los maices y cogellos,  
Do tuvieron recuentos porliados  
Y salieron muy bien de todos ellos:  
Hicieron allí hechos señalados  
Que no tengo lugar para ponellos;  
Y sé que señaló bien su persona  
Alejandro Durazo y un Bayona.

Viendo los indios pues su mal presente,  
Apellidáronse de comarcanos  
Crecidísimo número de gente  
De sueltos piés, fortísimos de manos,  
Y buscaron un tiempo conviniente  
Para venir á dar en los cristianos,  
Con determinacion y con intento  
De morir ó gozar de vencimiento.

Por bien efctuar sus intenciones  
De diferentes armas proveidos,  
Ocuparon los campos escuadrones,  
Sin vanos alborotos ni ruidos;  
Mas todos con soberbios corazones  
De rabiosa venganza poseidos,  
Y con obstinacion tal y tan dura  
Que no causó pequeña desventura.

Iba cualquiera dellos muy untado  
Todo hasta la parte mas sujeta,  
De bija, que es bitumen colorado  
Que los miembros y carnes les aprieta,  
Tan diestro sagitario y acertado  
Que no suelta de balde la saeta,  
Por siempre ser en todos los oficios  
Estos sus principales ejercicios.

Cualquiera morador de aquesta tierra  
De tales asperezas se compuso,  
Que de paz y sosiego se destierra  
Y en furia y en rigor esta recluso;  
Así que todos son hombres de guerra  
Desde que de razon tuvieron uso,  
El principal, menor y mas villano  
Nacieron con las armas en la mano.

Y aunque en otros oficios se recrea  
Como cultivar campos y florestas,  
Oficio principal es la pelea,  
Sus bodas, regocijos y sus fiestas;  
Tomándole la voz do quier que sea  
Los arcos y las flechas están prestas,  
Así que todos llevan buena gana  
De verse con la gente castellana.

Andaban de los nuestros muchos fuera  
Del pueblo y en rancheos ocupados;  
Y el capitán Alonso de Herrera  
En él quedó con los demás soldados,  
Con el recato que menester era  
Si fuesen de los indios salteados,  
De noche siempre vigilante vela,  
Y ansimismo de día centinela.

Y sin haber semeja ni barrunto  
De quien pudiese ser sobresaltado,  
Sus armas y caballo muy á punto  
El freno del arzon siempre colgado  
Dentro de su buhio, y allí junto  
Para tenello mas á buen recado,  
Y á todos en aquesta pesadumbre  
Les hacia tener esta costumbre.

Estaba pues á toda coyuntura  
Para hacer bastante resistencia,  
Mas no siempre vereis hora segura  
En trances de sangrienta competencia,  
Antes si prevalece desventura  
Vale poco la buena diligencia;  
Y lo que hádo quiere que ya sea,  
Por mil vias y modos se rodea.

A la sazón que el bárbaro llegaba  
Con pretension tan dura como ésta,  
La gente castellana reposaba  
El pesado bochorno de la siesta,  
Debajo centinela que velaba  
En un alto buhio siempre puesta,  
Mirando todas partes del estancia  
Con toda la posible vigilancia.

Mas cierta mujer fué, que no debiera,  
En esta turbacion, cuyo marido  
Con todos los demás andaba fuera  
En recoger comida divertido;  
La cual no fué mujer sino Mejera,  
Segun el mal después acontecido:  
A la vela llegó pues esta dueña  
A fin de le rogar fuese por leña.

Esto con gran instancia le rogaba  
Por guisar no sé qué de lo que habia,  
Para dar al marido que esperaba  
Con los demás de nuestra compañía:  
La vela grandemente se escusaba,  
Y ella lo convenció por esta via:  
Traedme con que haga la candela,  
Y entre tanto que vais haré yo vela.

Persuadido pues para que vaya,  
Como quien mal alguno no recela,  
El sayo se bajó, subió la saya  
Al lugar señalado para vela:  
Comenzó de hacer el atalaya,  
Y al fin fué de mujer la centinela,  
Pues el espacio fué nada prolijo,  
O si los indios vido no lo dijo.

Vinieron por la parte que tenia  
Una quebrada grande montuosa,  
Que al pueblo con sus aguas proveia,  
Y en esta coyuntura fué danosa;  
Pues su fuerza de ramas encubria  
La multitud de gente belicosa,  
Y como su lugar dispuesto fuese,  
Llegaron sin que nadie los sintiese.

Saliendo de las matas y manglares  
Topó con un muchacho la tormenta  
De la morisca Leonor Suarez  
A quien llamábamos la Fundamenta;  
Hijo que procedió de sus ijares,  
Del cual ninguno dellos hizo cuenta,  
Antes sin enseñalle mal semblante  
El impetu pasó mas adelante.

Como lago de llano muy remoto,  
Antes en alta sierra represado,  
Que con gran tempestad y terremoto  
Rompíó lo mas pendiente del un lado,  
Y el aguaje llevó tal alboroto  
Que trocó los descuidos en cuidado,  
Y con aquel grandísimo ruido  
Cercano morador se vió perdido;

Con tal impetu son acometidos  
Los españoles pocos que dormían:  
Despiertan los despiertos y dormidos,  
Y acuden á las armas que tenían;  
Algunos dellos fueron mal heridos  
Al salir de las casas do vivían,  
Uno sale con armas, otro falto,  
Y todos con pesado sobresalto.

Acude luego para su caballo  
El capitán Alonso de Herrera;  
Mas ¡ay dolor! que no pudo hallallo  
En su bien proveida pesebrera;  
Porque sin él decillo ni mandallo  
Se lo llevaron para que biera,  
Luego con el orgullo de su brio  
Salió para pedillo del buhio.

Yendo pues el varón via derecha  
En cuerpo, y en la mano una espada,  
Pasóle las espaldas una flecha,  
Otra le segundó por la quijada:  
Volvióse luego con mortal sospecha  
Para se las quitar en la posada,  
Luego muchos soldados acudieron;  
Y el caballo que pide le trajeron.

En este tiempo ya Pedro de Cea,  
Morán y Ordás andaban á caballo,  
Y el daño que hicieron se me crea  
Que no seré capaz para contallo;  
Mas el bárbaro vence la pelea,  
Y no son parte para sojuzgallo,  
Aunque les ayudaban los peones  
No menos que bravísimos leones.

A caballo salió luego Herrera  
Con determinacion de su venganza.  
El herido leon salió ya fuera:  
¿Quién os dirá la fuerza de su lanza,  
Y cuan ancha hacia la carrera,  
Cuan grande, cuan crecida la matanza?  
Con tal furor los bárbaros rompía,  
Que todo por delante lo barria.

Como toro que rompe por villanos  
En multitud ajena de conciertos,  
Que por los que se muestran mas ufanos  
Suele hacer caminos mas abiertos:  
Unos atropellando con las manos,  
Otros que con los cuernos deja muertos,  
Y los ya lastimados y los sueltos  
Todos andan confusos y revueltos:

No menos que con estas furias tales,  
Antes con mas crüeles pretensiones,  
Rompía por los indios principales  
Desbaratando duros escuadrones:  
En unos las lanzadas son mortales,  
En otros nunca vistas confusiones;  
Pues no ve principal en esta guerra  
Que no derribe luego por la tierra.

Todavía porfia quien se halla  
Con armas ofensivas y con vida,  
Pero viendo la bárbara canalla  
La competencia tal y tan reñida,  
Desamparó con miedo la batalla,  
Y todos se pusieron en huida;  
Tras ellos los caballos sin Herrera  
Siguen por su mandado la carrera.

Estos tres caballeros van siguiendo  
Al bárbaro cruel y duro bando,  
Los unos de los otros dividiendo,  
Gran número de sangre derramando;  
Que no hiciesen cuerpo defendiendo  
Para mejor los ir alanceando,  
Mas un indio ya viejo se repara  
Y al buen Pedro de Cea hizo cara.

Batió las piernas él por derribo,  
Mas el gandul usó de tal reguardo  
Que le hirió de muerte su caballo,  
Pasados los ijares con un dardo:  
Espoleólo mas por alcanzallo,  
Mas un cierto temblor lo hizo tardo,  
Bajose para ver el desconcierto,  
Y el dardo fuera luego cayó muerto.

Morán y Ordás, por no perder el lance  
Y poner mas temor en estas gentes,  
Con gran furor siguieron el alcance  
Dándose los reguardos convinientes;  
Y fué de temerarios el balance  
En ir solos sin otros combatientes;  
Mas el atrevimiento de locura  
Buen suceso lo hizo ser cordura.

Pues al tiempo que van por la zavana  
Siguiendo la desnuda compañía,  
Toparon con la gente castellana  
Que de buscar comida ya venia:  
Todos juntos en ellos dan de gana  
Sin poder atinar por qué seria,  
Y los indios huyendo de rigores  
Vinieron á hallar otros mayores.

Porque todos herian á porfia  
Encendiendo de nuevo la pendencia,  
No menos, ni con menos valentia  
Que tuvo la primera competencia;  
Y los briosos indios todavía  
Hacían la posible resistencia;  
En las cuales fatigas y vejamen  
Hubo también un singular certamen.

Porque Antonio Fernandez, lusitano,  
Topó con un mancebo bien dispuesto,  
Que lo hizo salir mas á lo llano  
Haciendo señas con minace gesto:  
Batalla se trabó con dura mano,  
Sin que los nuestros viesén nada desto;  
El indio de sus armas se aprovecha,  
Y el muslo le pasó con una flecha.

El lusitano fuerte y esforzado,  
Puesto que se sintió muy mal herido,  
Nada de su vigor menoscabado  
Fajó don el gandul embravecido;  
Ninguno dellos anda desmayado,  
Y cada cual defiende su partido:  
Hubo de todas partes grande priesa,  
Puñete y cabezada mas espesa.

Por no venir á menos ni rendirse  
Sacude la rodilla y anda diente:  
El terrible gandul quisiera irse  
Recelando favor de nuestra gente,  
Y así reforzó por desasirse;  
Mas Antonio Fernandez no consiente,  
Antes sus gruesos brazos y sus garras  
Servian de fortísimas amarras.

Como dragon asido de la caza,  
Que en Indias saltó con sus aechos,  
Y con sus duras roscas embaza  
Los miembros y restuello de los pechos,  
Y aunque por luego no la despedaza,  
Los huesos tiene ya casi deshechos,  
Y cuanto eruje mas hueso que quiebra  
Dos tantos mas aprieta la culebra;

No con menos vigor ni menos blando  
El Antonio Fernandez del áferra,  
Y andando mucho tiempo forcejando  
Dióle traspíe que dió con él en tierra:  
Por la cual anduvieron revolcando  
Cada cual por vencer aquesta guerra;  
Al fin lo sujetó, mas de manera  
Que no lo mató, puesto que pudiera.

Conclusas y acabadas las cuestiones  
En que los dos se vieron de mal arte,  
El indio se dejó poner prisiones  
Por superioridad del otro Marte;  
Y el vencedor la flecha de harpones  
Sacósele por la contraria parte,  
Aunque con la herida penetrante  
Paso no pudo dar mas adelante.

Mas espaldas ajenas tuvo prestas,  
Porque para llegar á su rebaño,  
El indio lo tomó sobre sus cuestras  
Recompensando parte deste daño:  
Fueron las otras gentes descompuestas  
Ansimismo con un rigor extraño,  
Para todas las partes tan molesto  
Que su furia duró hasta sol puesto.

Desbaratada pues la gente brava,  
Los nuestros recogidos á bandera,  
El Ordás les contó lo que pasaba  
A los que ya dijimos andar fuera;  
También de la manera que quedaba  
El general Alonso de Herrera  
En grandísimo riesgo de su vida,  
De que se recibió pena crecida.

Y tanta, que cualquier noble soldado  
Hacia sentimiento lamentable,  
Por ser de todos ellos muy amado  
Con voluntad sincera y entrañable:  
Era bien comedido, bien criado,  
Sin conversacion grata y amigable,  
Hombre bastante para todas cosas,  
Y cuyas fuerzas fueron monstruosas.

Con el desgusto pues desta fortuna  
Que mayor sinsabor les prometia,  
Caminaron de noche con la luna  
Por ascenderse ya la luz del día:  
Llegaron al lugar todos á una  
Do hallaron la triste compañía,  
Crecida cantidad dellos flechados  
Y algunos de vivir desconfiados.

Curaron luego todos los heridos.  
Desta valerosísima caterva,  
Y fueron los mas dellos socorridos,  
Puesto que los curó crasa Minerva;  
Pero contáronse con los perdidos  
Tres de los que hirió nociva yerba:  
Vargas, Usagre, nuestro buen Herrera,  
Indigno de morir desta manera.

Tuvo de duracion dia seteno  
Después de la sangrienta competencia,  
Rabiando con la fuerza del veneno  
Armado de grandísima paciencia;  
Hizo sus diligencias como bueno  
Con toda la posible penitencia,  
Noble fué de nacion y también era  
Natural de Jerez de la Frontera.

Al Alvaro de Ordás dejó su cargo  
Antes que desta vida se partiese,  
Porque queriendo ir mas á lo largo  
Aqueste caballero los rigiese,  
Mas fué su fin á todos tan amargo  
Que cosa no se vió que mas lo fuese,  
Y así con un extraño sentimiento  
Celebraron aquel enterramiento.

A la tierra hicieron el entrego  
En un buhio grande señalado;  
Y porque del furor del indio ciego  
No fuese del lugar desenterrado,  
A todos los buhios ponen fuego  
Porque quedase mas disimulado,  
Que suelen indios con sus desconciertos  
Desenterrar á los cristianos muertos.

Y en circuito dellos muchos juntos  
Como si vivas fueran las presencias,  
Suelen hacer á miseros difuntos  
Muchos denuestos, graves insolencias;  
Y allí recitan todos por sus puntos  
Sus valentías, guerras y pendencias,  
Diciéndoles las cosas que hicieron  
Si por ventura vivos los tuvieran.

Hechas las diligencias que ya cuento,  
Todos enajenados de placeres,  
El Ordás hizo luego llamamiento  
De todos por oír sus pareceres,  
Y ver las voluntades y el intento  
Que tenían en estos menesteres,  
Y venidos á las congregaciones  
A todos les habló tales razones:

«Señores, la desgracia sucedida  
Hace los corazones tan inciertos,  
Que muchos mas pretenden la huida  
Que buscar nuevos reinos encubiertos;  
Y como tal varon perdió la vida,  
No me espanto que todos estén muertos,  
Y falten intenciones y semblante  
Para querer pasar mas adelante.

»Y así muchos soldados, que presentes  
Están en esta junta que hacemos,  
Me representan mil inconvenientes  
En los cuales es bien que reparemos,  
Para que con acuerdo de prudentes  
Lo que fuere mejor eso tomemos,  
Y aquello se nivele con el seso  
De la buena razón y justo peso.

»Porque dicen algunos hombres buenos  
En quien conozco toda valentía,  
Los indios ya mas son antes que menos,  
Nosotros somos menos cada día:  
Estamos de socorros muy ajenos,  
Sin esperanza de otra compañía,  
Y aunque el gobernador venga camino,  
No nos puede seguir sin desatino.

» Hay montañas y tierras pantanosas,  
Rios dificultosos en pasallos,  
Las aguas de los cielos rigurosas,  
Indios que no podemos sojuzgarlos:  
Estamos faltos ya de todas cosas,  
A mas andar perecen los caballos,  
La traza que parece mas segura  
Amenaza con harta desventura.

» Ponen otras cien mil dificultades  
De las tierras adentro nunca vistas,  
Que traen apariencia de verdades,  
Y suelen suceder en las conquistas:  
De las cuales con sus antigüedades  
Todos pueden ser buenos coronistas;  
Al fin de nuestra gente la mas suelta  
Están que ya querrian dar la vuelta.

» Bien sé que no lo hacen de cobardes,  
Sino con recatado miramiento,  
Pero porque después, si murmurades,  
Los pueda disculpar su cumplimiento,  
Dice que por aquello que ordenades  
Pasaran sin poner impedimentos;  
Miraldo bien, que no darán razones  
Que declinen de vuestras intenciones.

Después que las razones se notaron  
Por nuestra flaca gente peregrina,  
En el negocio dieron y tomaron,  
Y sin contradiccion se determina  
Volver donde los barcos se dejaron  
Para consigo dar en la marina:  
Llegaron do querian macilentos,  
Cansados, flojos, flacos y hambrientos.

Embarcáronse luego nuestras gentes  
No con prisa menor que torbellino,  
Sin haber menester limpiar los dientes,  
Ni después enjagárselos con vino;  
Y aunque les ayudaban las corrientes  
Quisieran abreviar mas el camino,  
Llegaron al furor de las canales  
Y á los impetuosísimos raudales.

Estando pues allí la gente presta  
A los riesgos que el agua les enseña,  
Desembocó la flota mal compuesta  
Por la mayor canal desta gran peña,  
Mas veloce que tiro de ballesta  
Que de sí despidió rasa cureña;  
Mas un bergantín dellos dió tal lado  
Que poco menos fué que zozobrado.

El riesgo visto de la barca hueca,  
Y que se trastornaba ya la quilla,  
Saltaron della dos en peña seca,  
Iseo dividido de la orilla;  
Y fueron Pero Gomez y Fonseca,  
Vecinos naturales de Sevilla;  
Perálvarez guió mas á provecho,  
Y el bergantín quedó luego derecho.

El cual en un remanso detenido  
Estuvo de los remos ayudado,  
Cada cual de los dos se vió perdido,  
Y así tras él también fueron á nado:  
Fué Pedro de Fonseca recogido  
Y el pobre Pero Gomez ahogado,  
Al misero sobrábale destreza,  
Pero no pudo mas con la flaqueza.

Salidos ya de pedregosas vías  
Corrieron agua bajo por la posta,  
Comiendo, si hallaban, chucherías  
Y lonja de caballo bien angosta;  
Y al cabo de gran número de días  
Salieron los navios á la costa,  
Y en Peratarue mozos y los viejos  
Andaban á marisco de cangrejos.

Al alto mar salió dia siguiente  
Esta congregacion toda hambrienta,  
Los vientos le calmaron de repente,  
Y en calma padeció grave tormenta:  
El orgullo fué tal de la corriente  
Que marineros diestros desatenta,  
Embestia la fuerza del olaje  
A todos los que hacen el viaje.

En aquestos desastres y fortunas  
Quincecos, mayordomo del armada,  
Tenia una botija de aceitunas  
Para el gobernador siempre guardada:  
Quebróse con las mares importunas  
Y descubrióse luego la celada,  
Acuden, quien mas puede mas ensarta,  
Diciendo: muera Marta y muera harta.

Anda la rebatija de manera  
Que del morir los hace descuidados,  
Comian lo de dentro y lo de fuera,  
Pues no fueron los cuescos reservados:  
El capitán Ordás se desespera,  
Llamándole de puercos, desalmados,  
Por vellos empapados desta suerte,  
Estando tan cercanos á la muerte.

Viendo la cosa tan desatinada,  
Y que del desatino nadie cesa,  
El Ordás puso mano del espada,  
Haciendo solenísima promesa  
De dar sanguinolenta cuchillada.  
A quien no jamurase muy aprieta,  
Y estando con tal riesgo como este  
Comenzó de ventar el noroeste.

Ya podia salir con vela llena  
La nave pequenuela combatida,  
Ordás quiso gozar hora tan buena  
Por evitar el riesgo de su vida;  
Y al tiempo que guindaban el entena  
Quebróseles la triza de podrida,  
Batíanlos las olas mas al sesgo,  
Y así corrían mucho mayor riesgo.

Mas el gentil y bien compuesto griego  
De Rodas, Alejandro de Durazo,  
Los cantos de la vela tomó luego,  
Y entena hizo de uno y otro brazos;  
Y así con él y aquel viento gallego  
Salieron del orgullo y embarazo,  
Entre tanto la triza quebrantada  
Fué de los marineros remediada.

Por los demás navios se reparte  
Aquel orgullo de fervor marino;  
Y andando todos ellos de mal arte,  
Distantes buen espacio de camino,  
Uno dellos abrió por cierta parte  
De que era caporal Andrés Andino;  
Quedaran estos pobres patifrios  
A no hallar allí muchos bajos.

Salen á vuelapié hasta los cuellos,  
Pero todos las armas en la mano,  
Encrespadas las barbas y cabellos  
Con el salso hiecor del Oceano;  
Y caribes después dieron en ellos  
Como los vieron tales en el llano,  
Mas defendiéronse valientemente  
Perdomo y el Andino con su gente.

Habia ya pasado muy delante  
El otro bergantín y compañía,  
Y en él Francisco de Evora, bastante  
Marinero sagaz que lo regia:  
La cual navegacion fué tan distante  
Que no pareció mas desde este día;  
Iba con los demás que dentro lleva  
El tesoro Joan de Villanueva.

De los tres bergantines hubo junta  
En puerto do hallaron los dos menos,  
Ordás á todos ellos les pregunta  
Qué será de los otros hombres buenos;  
Pero por todos ellos se barrunta  
Que debían estar en otros senos,  
Por haber visto gente reparada  
En una cierta playa y anconada.

La luz de los mortales desviada,  
En busca de su gente salen fuera;  
E yendo prosiguiendo la jornada  
Antes de ver el fin desta carrera,  
Sin pensallo toparon un armada  
De caribes y gente carnícera;  
La guerra por los nuestros se comienza,  
Movidos mas de miedo que vergüenza.

Las voces que se dan llegan al centro,  
Soltaron un versete tal cual era,  
Los indios recelaron el encuentro,  
Teniendo por mas fuerte la bandera;  
Metiéronse los unos mar adentro,  
Una piragua toma la ribera,  
La gente que decimos española  
Siguiéron solamente la mas sola.

Viéndose la piragua perseguida,  
Con su velocidad acostumbrada  
Se pusieron los indios en huida,  
Y en tierra la dejaron zabordada:  
Hallaron muchedumbre de comida  
Por nuestros españoles deseada,  
No faltaron allí carnes humanas  
De indios ó de gentes castellanias.

Porque siendo las cosas repartidas  
En la barca del bárbaro guerrero,  
Se hallaron preseas conocidas  
De Joan de Villanueva tesoro:  
Duda tuvieron todos de sus vidas,  
Y salió su conceto verdadero,  
Pues inquiridos por aquellos puertos  
No parecieron mas vivos ni muertos.

En continuacion de su camino  
La costa mas abajo se navega,  
Hallaron al Perdomo y al Andino,  
Y el resto de la gente se les llega:  
Contaron el asalto repentino,  
La fuerza y el rigor de la refriega,  
La muy mala sospecha que tenían  
De los que por allí no parecían.

Recogióse la gente y el fardaje  
En los tres bergantines solamente,  
Prosiguieron á Paria su viaje  
En busca del Ortal y de su gente;  
Mas en ella y en todo su paraje  
No pudieron hallar cosa viviente,  
Antes aquel castillo descompuesto,  
Segun que ya dijimos antes desto.

Viendo desiertas estas poblaciones,  
La dicha fortaleza ya quemada,  
Bajaron al ancon de Mejillones  
No con resolucion determinada;  
Pero todos los mas con intenciones  
De nunca revolver á la jornada,  
Pareciéndoles cosa mas segura  
Buscar por otras vias su ventura.

A las sazones que esto se movia  
Entre los miserables fatigados,  
En Trinidad estaba todavia  
Jerónimo de Ortal con sus soldados:  
Esperando mas amplia compañía,  
Y los tres bergantines concertados,  
Y que viniese ya la primavera  
Para ir en demanda del Herrera.

Sabian ser aquestos los conciertos  
Entre Herrera y él de cierta ciencia;  
Pero ningunos dellos estan ciertos  
En qué parte hacia residencia,  
O por qué se movieron destos puertos  
Sin les dejar allí viva presencia:  
Al fin todos confusos y perplejos  
Echaban sus juicios á lo lejos.

Siendo pues sus propósitos y fines  
Nada diferenciados en conceto,  
A estos mismos puertos y confines  
Donde todos se vian en aprieto,  
Llegaron los tres dichos bergantines,  
Y por su capitán Martin Nieto,  
Con soldados bizarros y contentos,  
Y mucha cantidad de bastimentos.

Saludáronse unas y otras gentes  
Con la gracia y amor acostumbrado,  
Por ser todos hermanos y parientes,  
Peregrinos en un mismo cuidado:  
Los que de nuevo van están pendientes  
Del otro que llegó desbaratado,  
Por vello seco, flaco, consumido  
Y casi sin reparo de vestido.

Las manos y las piernas muy pecosas,  
De mosquitos, espesas picaduras,  
Con unas camisetas deseosas  
De ver algún jabón por sus costuras:  
Las espadas sin vainas y mohosas,  
Hartas de romper tripas y asaduras,  
Peores y de mas malas maneras  
Que forzados que huyen de galerías.

Todos ellos estaban admirados  
De ver en estos hombres tan vil traje;  
Mas ellos les contaron sus cuidados,  
Su mas que prolijísimo viaje:  
Los trabajos inmensos comportados,  
La braveza del bárbaro salvaje,  
Los terribles calores, los estíos,  
Innumerables ciénegas y ríos.

Contando que ni noches ni mañanas  
Vian enjuta ropa que se lleva:  
A las gentes compuestas y galanas  
No les pareció bien aquesta nueva;  
Y así mostraron todos malas ganas  
De tomar á hacer aquella prueba,  
Antes de procurar el que manda  
Que mudase derrotas y demanda.

Luego vinieron todos á concierto  
De que los bergantines mal parados  
No hiciesen mudanza deste puerto,  
Sino los que venian aviados;  
Y que para dar cuenta de lo cierto  
Fuesen algunos hombres señalados,  
Que pudiesen á Ortal decir de vista  
El suceso de toda la conquista.

Fueron pues, para dar razón entera,  
Nombrados de común consentimiento,  
Miguel Holguin y Pedro de Ribera,  
Personas de muy gran merecimiento;  
Y para proseguir esta carrera  
Las velas hacen dar al manso viento;  
Llegaron á la isla referida,  
Donde estaba la gente detenida.

A prima fronte fueron recibidos  
Con aplausos de gran contentamiento;  
Pero ya los desmanes entendidos  
Engendröse pesado sentimiento:  
De cuya causa todos son movidos  
A no perseverar en el intento,  
Sino procurar ir otro camino,  
Que yo diré con el favor divino.

### CANTO CUARTO,

Donde se cuenta la mudanza que hubo en el campo del gobernador  
JERÓNIMO DE ORTAL, y cómo determinó entrar por Maracapana, y las  
demás cosas acontecidas en aquella provincia.

Muchas veces los males sucedidos  
A los hombres pasados ó presentes,  
Nos hacen recatados y advertidos  
Para seguir caminos diferentes:  
Bien como son ejemplo los punidos  
A muchos para no ser delinquentes,  
Pues aunque no padezcan la tal pena  
Póneles duros frenos el ajena.

Así, pensadas bien adversidades  
Del río de Uyapar y sus entradas,  
En todos ellos hubo novedades,  
Algunas algo ya demasiadas.  
Ortal mudó sus propias voluntades  
Como vió las de todos tan mudadas,  
Determinándose como prudente  
Poner en Neveri toda la gente.

Salieron todos pues de la ribera  
Para donde tenían concertado,  
En lugar del Alonso de Herrera  
Por general un Agustín Delgado:  
Dignísimo de mucho más que fuera  
Bastante para muy mayor cuidado,  
Y aviados en paz y con sosiego  
Ortal para Cubagua se fué luego,

A fin de recoger alguna gente,  
Que hicieren ausencia del armada,  
Y cosas que serian convenientes  
A la prosecucion de la jornada:  
Allí supo delitos diferentes,  
Dignos de corregir mano pesada,  
Y en una levantisca compañía  
Un no sé qué hedor de sodomía.

Habían destos ya hecho justicia  
En Uyapar, según es ordinario,  
Pero disimulóse la maldicia  
De cierto calafate necesario:  
Ordás agora desto dió noticia,  
Y cada cual allí le fué contrario;  
Mandándole prender los de Cubagua,  
El dicho hizo fuga por el agua.

Venciendo con grandísima constancia  
De las ondas del mar montes supremos,  
Con tan grande vigor y vigilancia,  
Que en las humanas fuerzas son extremos:  
Navegó siete leguas de distancia  
El cuerpo por batel, los brazos remos,  
Tantas leguas nadó desde esta playa  
Hasta poder llegar á las de Araya.

Fuera del mar salió, mas, qué aprovecha  
Que Neptuno quisiese reservallo,  
Pues si tal elemento lo desecha,  
El del fuego no quiso desecharlo?  
La tierra que holló también acecha  
El rastro que tomó para tomallo,  
Las llamas avivó fuerza del viento,  
Donde vió su fin y acabamiento.

A Neveri llegó nuestro Delgado  
Donde desembarcó su compañía,  
Luego hizo fundar pueblo nombrado  
San Miguel, por llegar en este día:  
Asiento todas horas infestado  
De mosquitos inmensos que tenia,  
Tantos, que cubren harbas y cabellos,  
Y andaban como tontos todos ellos.

Tomaron por alivio de su pena  
Disciplina de golpe riguroso,  
Ojeando con ramos de verbena  
Las picas del ejército goloso:  
Algunos se cubrían con arena  
Por tener algún poco de reposo,  
Podían reposar desta manera  
La cabeza tan solamente fuera.

Hubo hambre cruel y calentura  
A vueltas de tormento tan terrible:  
El indio nada da, ni se procura  
Sino por su rescate conveniente;  
Faltábales, y en esta coyuntura  
Para se la tomar poco posible,  
Impedían los tiempos y razones  
Hacelles á los indios sinrazones.

Demás de que los indios del paraje  
No ponían á paz algún embargo,  
Y pudieran quitalles el pasaje  
Para no se meter mas á lo largo:  
Muchos allí hacían su viaje  
De Cubagua con este mismo cargo,  
De rescatar esclavos ó comida,  
Luego la paga dello proveida.

Que también entre indios se hacían  
Pesadísimos saltos y nocivos:  
Mataban, abrasaban, destruían,  
Traían á sus tierras muchos vivos;  
Y aquellos rescataban y vendían  
Como sujetos suyos y captivos,  
Y aun algunos insanos y dementes  
Vendían á sus hijos y parientes.

Por haber los esclavos tan barato  
Se frecuentaba bien este camino,  
Y en estas dichas ferias y contrato  
Un Luis de Sanabria fué ladino;  
El cual, después que ya dejó su trato,  
En este nuevo reino fué vecino;  
Fué capitán entonces diligente,  
Astuto, lijerísimo, valiente.

Estando pues el pueblo tan doliente,  
Y la gente de todo bien ajena,  
El Sanabria llegó con otra gente  
De esclavos proveída la cadena:  
Llegaron Diego Gomez, Luis Valiente,  
Un Joan Guillén, Riberos y Villena,  
Por quien en tempestad tan afligida  
Fué la mísera gente socorrida.

Después que estos salieron del aviso  
Lugar y playa mal apercebida,  
El Agustín Delgado luego quiso  
A todos dar remedio y á su vida:  
Al gobernador hizo dar aviso  
Pidiendo brevedad en su venida,  
Siendo por su mandado mensajero  
El cabal Alonso Alvarez Guerrero.

A Cubagua llegó, donde se vió  
Con el gobernador dando razones  
Bastantes para ser persuadido  
A huir cualesquiera dilaciones:  
Partióse luego bien apercebido  
Con cien escogidísimos varones,  
Un sacerdote de mi mismo nombre,  
Francés de su nación y cabal hombre.

Volvió con él Sanabria como guía,  
Principal adalid del campo nuestro,  
Porque para lo que se pretendía  
Ninguno pudo ser mejor maestro:  
A rescatar salió como solía  
Entrando por la tierra como diestro,  
Yendo también con él Gomez de Armada,  
Ansímismo persona señalada.

Pocos dias después de su partida  
Volvieron estos dos rescatadores,  
En Indias abundancia de comida  
Noticia de caciques muy mayores:  
Por ellos otras veces entendida,  
Siendo los de la costa los autores;  
Mas á cristianos ojos nada desto  
Antes habia sido manifiesto.

Pues aunque frecuentaban las armadas  
La costa so colores de rescate,  
Entrarse mas que dos ó tres jornadas  
Teníase por grande disparate;  
Y no con herraduras preparadas,  
Por ser su buen rocín el alpargate,  
Aconteció volver veces no pocas  
Quebradas las cabezas y las bocas.

Pues al que por la paz era ya nuestro  
Menos se reservaban las cabuyas,  
Que son prisiones hechas de cabestro,  
Españoles usando de las suyas:  
Pues robaban á diestro y á siniestro  
Piezas, sin respetar cuáles ni cuyas,  
Por causa de lo cual muchos caían  
En las redes y lazos que hacían.

A vueltas de las cuales insolencias  
Acontecidas en aquel distrito,  
Hubo tantos encuentros y pendeencias  
Que será proceder en infinito  
Tanta diversidad de menudencias  
Querer aquí ponellas por escrito,  
Valentías y hechos soberanos,  
Do pudieron mas indios que cristianos.

Tanto que solo uno descontento  
De vellos ir un alto demandando,  
Donde según común entendimiento  
Él debía de estar atalayando,  
Hizo volver espaldas mas de ciento,  
Unos sobre los otros tropezando,  
Y el indio solo que les acomete  
Hirió de mala muerte seis ó siete.

Lo cual en Guantar fué y á mediodía  
No yendo nuestra gente descuidada,  
Por ser el reventon que se subía  
Cuchilla por los lados desrumbada:  
Retrayóse del indio quien los guía,  
Sospechando ser mas en la celada,  
Mas que de paso vuelven descendiendo,  
Y el indio solo se quedó riendo,

Diciéndoles en lengua conocida  
Haciendo la pernetá por gran rato:  
«¡Ah guarichas! ¿poneis en huida  
Por escapar del indio Manicato?  
Venid, venid por piezas y comida,  
Que aquí la venderemos bien barato.»  
Y si dieran lugar los mal heridos,  
Volvieran por estar todos corridos.

Otros insignes lances desta gente  
Pudieramos contaros sucesivos,  
Do dejaron el asa y aun la frente  
Capitanes de punto bien altivos:  
Y sé que pican valerosamente  
Cuantos hoy por allí se hallan vivos;  
Porque continuas guerras de los nuestros  
Los han hecho mas sueltos y mas diestros.

Pero con tantas idas y venidas  
De las cercanas islas con armadas,  
Quedaron estas tierras destruídas,  
Sus costas y fronteras assoladas;  
Y si fueran entonces repartidas  
Segun las cosas hoy van ordenadas,  
Fuera la poblazon que represento  
A muchos españoles gran sustento.

Mas nunca se curó nuestra compañía  
De poblar por allí sierra ni llano,  
Con poder competir con nuestra España  
En gentes ó muy poca menos mano:  
También Ortal se dió muy mala maña  
Estando lo de dentro todo sano,  
Y pudiendo los indios ser instrutos  
En acudir con rentas y tributos.

Si don Diego de Ordás allí se viera  
Después que revolvió de los raudales,  
Otro concierto y orden se tuviera  
En fundarse ciudades principales  
Como quien entendió qué cosa era  
Poblar y repartir las tierras tales;  
Pues adonde de gentes hay grandeza  
Con ellas se granjea la riqueza.

Mas los que por allí llevaban cargo  
Otro Pirú buscaban solamente,  
Y así siempre colaban á lo largo  
Dejando muy atrás el bien patente:  
Fué cierto pesadísimo letargo  
No considerar mas que lo presente,  
Y ser de todos principal estima  
El oro que hallaban de por cima.

Preciando pues Ortal el interesse  
Que prometían estas relaciones,  
Al Agustín Delgado mandó fuese  
Con dos ó tres caballos y peones,  
Para que mas adentro descubriese  
Aquellas afamadas poblaciones;  
Fueron del general apercebidos  
Cincuenta y tres peones escogidos.

La partida pusieron en efeto  
Con las posibles fuerzas y recado,  
Los de caballo son Moron y Nieto,  
Un Francisco de Chaves y el Delgado:  
Cada cual dellos en mayor aprieto  
Mas suelto, mas valiente y esforzado,  
Atravesaron por Cumanagoto  
Sin haber en los indios alboroto.

Travesaron diez leguas de arcabuco  
De tierras secas, pero bien pobladas,  
Sin riberas de yedras ó bejuco,  
Pues en Jagueyes eran las aguadas:  
Vinieron á salir á Guacharuco,  
Provincias algo ya mas escombradas,  
Y á Paripamotú, gente guerrera,  
Casi como soldados de frontera.

Porque todas aquestas pertenencias  
De indios á la costa mas cercanos  
Tenian muy crúeles competencias  
Con los que residían en los llanos;  
A causa de las cuales diferencias  
Fueron bien recibidos los cristianos:  
Hicieron paz con estos naturales  
Dejando muchas cruces por señales.

Estuvieron allí tercero día  
Con sustento que fué mas que bastante,  
Pidieron á los indios luego guía  
Para poder pasar mas adelante:  
Continuaron esta travesía  
Por tierra llena, fértil y abundante,  
Admirados de ver tantos caminos  
Y tan inmensa copia de vecinos.

Enviaban espías los señores  
De saber intenciones deseosas,  
Alborotábanse los moradores,  
Teniéndolos por hombres sospechosos:  
Asegurábalos destos temores  
Ver pocos ellos siendo poderosos,  
Algunos deseaban rompimiento  
Por descubrir aquel encantamiento.

Juntándose pues cierta compañía  
De pobrezuelos menos importantes,  
Un jueves á las diez horas del día,  
Vinieron contra nuestros caminantes  
Con aquella bravosa lozania  
Que suelen en rencuentros semejantes:  
El Delgado, por no caer en mengua,  
A voces les habló con una lengua.

«Reprimid, buenas gentes, vuestras riendas,  
Procurad evitar inconvenientes,  
Que no queramos guerras ni contiendas,  
Sino seros amigos y parientes:  
Donde no, tomaremos las enmiendas,  
Como merecen tales accidentes;  
No venimos con áspera demanda,  
Porque nuestro gran rey así lo manda.»

«Es rey universal deste rebaño,  
Y manda que si dais las amistades  
Os reserven de todo mal y daño,  
Os digan y declaren las verdades,  
Para que con un santo desengaño  
Dejéis vuestras antiguas ceguedades,  
Conozcais y adoreis en este suelo  
Al sumo Hacedor de tierra y cielo.»

Los indios, que venían muy follones,  
Respondían las armas meneando:  
«Bien sabemos que sois unos ladrones,  
Que andáis noches y días salteando:  
Flojos, haraganos, mogollones,  
A trabajos ajenos regoldando,  
Toma maíz, toma tortillas hechas,  
Y disparaban cantidad de flechas.»

Viendo los nuestros tanta desvergüenza,  
Y tres ó cuatro dellos ya heridos,  
La fuerza del sufrir quebró su trenza,  
Soltando los que estaban detenidos:  
Guazavara sangrienta se comienza,  
Con gran enojo son acometidos;  
Salen los caballeros castellanos,  
Y los demás sus armas en las manos.

El general á una y otra mano  
Comenzó de jugar la diestra lanza,  
Sin dejalle lugar á zurujano  
Para curar aquel á quien alcanza:  
El Nieto y el Morán no dan en vano,  
El Chaves no se mueve con tardanza;  
No traen menos brios los peones  
Entre los furiosos escuadrones.

De todos cada cual hace por siete,  
Necesidad haciendo que mas pueda,  
Holguin al mayor riesgo se comete,  
Al mayor escuadron Avellaneda:  
Mostraba sus valores Alderete,  
Atras Pero Fernandez no se queda;  
Ganaron valerosa laureola  
Jejas, Machin de Onate y Urriola.

Puso tan gran espanto la presencia  
De las bestias que van encubiertas;  
Las crueles lanzadas y esperiencia  
De los golpes que daban las espadas,  
Que hicieron los bárbaros ausencia,  
Metiéndose por montes y quebradas,  
Buscando cada cual vana guarida  
Para poder asegurar su vida.

Como si los que van por plaza rasa,  
En las partes que son de su acera,  
Viesen fuego venir que la abrasa  
Con tal encendimiento, que él quisiera;  
Huye para remedio de su casa  
Del lugar donde está, sin mas espera,  
Y corre por las calles por ir presto  
De pantufos y capa descompuesto;

Así los del ejército salvaje,  
Después que vieron las matanzas hechas,  
Para la brevedad de su viaje,  
Las anchas sendas hallan mas estrechas:  
Aquí se destocaban el plumaje,  
Allí largan los arcos y las flechas,  
Por acullá buscaban un portillo  
Para poner en cobro su hatillo.

A los encuentros dichos dada cima,  
Caminaron los nuestros á lo llano  
Con mas reputación y mas estima  
En opinion del indio comarcano;  
No hizo caso dellos Unarima,  
Señor que se hallaron mas á mano,  
Cacique de soberbias condiciones,  
De grandes y estendidas poblaciones.

Ocupaban los campos y riberas  
Por do lleva sus aguas recogidas  
Unare, cuyas largas sementeras  
Hacen estas provincias bastecidas;  
Mas no les contentando las esperas  
De las gentes allí recién venidas,  
Huyeron con caudales y atavío  
A la contraria parte deste río.

Con indios que de paz eran venidos  
El Agustín Delgado les hablaba,  
Siendo por muchas veces requeridos  
Viniesen á la paz que se les daba:  
Unarima tapaba los oídos  
Y por palabras los amenazaba,  
Diciendo: «veros he tan de mañana,  
Que pueda la comida ser temprana.»

«Tomaremos acá nuestros consejos  
En de spicar maíz para tortillas;  
Daremos bien guisados los conejos,  
Los venados, perdices, tortolillas;  
Serviros han los mozos y los viejos,  
Vereis en el servicio maravillas;  
Comerán á placer los haraganes,  
Uquiras, guacharacas y faisanes.»

Los nuestros no tomaron mucha pena,  
Ni se sobresaltaron con espanto;  
Mas antes deseaban dar la cena,  
Antes que diesen ellos el ayanto:  
La noche se llegó, que fué serena;  
Dióles buena sazón oscuro manto,  
Asentaron en una baja cumbre  
Adonde cada rancho hizo lumbre.

Y fué por todos ellos acordado  
Que con oscuridad mas sosegada  
Tentasen de buscar algun buen vado  
Para podelles dar el alborada:  
El campo, bien compuesto y ordenado,  
Salieron á la hora concertada,  
Quedándose las lumbres encendidas  
Para disimular estas salidas.

Debajo del intento caminaron  
Con alguna manera de rodeo;  
Revolvieron al río, do hallaron  
Vado que satisfizo su deseo:  
Todos con gran silencio lo pasaron  
Y ganas de se ver en el torneo;  
Pero fueron los indios alterados  
Por los otros amigos avisados.

Aunque de claridad hubo penuria,  
Los fuertes del ejército salvaje  
Acudieron al vado con gran furia,  
Pensando perturbarles el pasaje:  
Los nuestros, por vengarse del injuria,  
Habían abreviado su viaje,  
Tomando con presteza la ribera,  
Donde se recogieron á bandera.

Estando pues parados á la orilla  
Poniéndose por orden convenida,  
Dió con ellos la bárbara cuadrilla  
Con impetu, que cierto fué terrible:  
Comenzóse sangrienta la rencilla  
Haciendo cada parte lo posible,  
Pretendiendo los indios mas lozanos  
De todos los tomar vivos á manos.

Vistas tan atrevidas diligencias  
Por los de diferentes confianzas,  
Avivaron de veras las pendencias  
Golpes de las espadas y las lanzas:  
Múdanse pareceres y sentencias,  
Abátense las locas esperanzas,  
Porque con cantidad de muertes suyas  
Los nuestros rehusaban las cabuyas.

Rompiendo batallon el caballero,  
A las espaldas hay infantería,  
Que va con Alonso Alvarez Guerrero,  
El cual hizo grandezas este día:  
Lo que Delgado hizo por entero  
No puede recitar la pluma mía,  
Pues cierto me parece que no miento  
Si digo que hacía mas que ciento.

Otros hubo de tanta fortaleza,  
Cuyo valor y nombres yo no callo;  
Pero no vi jamás igual destreza  
En menear la lanza y el caballo:  
La maña, la soltura, la presteza  
En romper escuadron y derramallo,  
Tan á tiempo, sazón, tan á provecho  
Como si lo hallara todo hecho.

Viendo los indios pues las mortandades  
Y la priesa que daba nuestra gente,  
En huyéndose las escuridades  
Huyeron también ellos juntamente:  
Quedando por aquellas heredades  
Muertos setenta, mal heridos veinte;  
De los nuestros en trance tan reinido  
Joan Martín Labrador solo herido.

A questo hecho con tan buena mano,  
Los nuestros prosiguiendo su corrida,  
Pasaron en el pueblo mas cercano  
Donde hallaron copia de comida:  
Venados muertos, cantidad de grano  
E ya la gente del toda huida,  
Proveyeron de carne la candela,  
Comieron á plaecer, mas no sin vela.

La cual fué menester porque Unarima,  
Estimulado mas por su rotura,  
Quiso, creyendo de caer encima,  
Tentar segunda vez esta ventura,  
Procurando hacer que se reprimira  
De los advenedizos la soltura;  
El cual con este vano pensamiento  
Hizo de capitanes llamamiento,

Diciéndoles: «¡Ah, torpes, insensatos,  
No hombres, sino bultos de madera!  
¿Cómo se sufre que de cuatro gatos  
Os dejéis sujetar desta manera?  
Los mas dellos enfermos y hipatos  
Gente de nuestros reinos extranjera,  
Salteando de noche como zorros  
Por no tener recurso de socorros.»

«Conciba cada cual mi confianza,  
Estén los venenosos tiros prestos,  
Que quiero que volvamos á la danza  
Para reconocer quién son aquestos,  
Tomando dellos la crüel venganza  
Que merecen ladrones tan molestos:  
Coman agora bien chacos y coche,  
Que yo haré que tengan negra noche.»

En aquestas riberas del Unare,  
Y los pueblos á ellas circunstantes,  
Era su general un Mompiaire  
Que la gente llevó la noche antes;  
Este dijo: «Bien es que me declare,  
Porque de la huida no te espantes;  
Pues tú ni mas ni menos lo hicieras  
Si lo que vimos ansimismo vieras.»

«Estos traen allí cuatro visiones  
Que curan y regalan en establos,  
Mas sueltos y hijeros que halcones,  
Con unas largas guaicas ó venablos,  
Que traspasan humanos corazones  
Y asombrarán á todos los diablos,  
Los otros con macanas tan estrañas  
Que rompen ansimismo las entrañas.»

«Eran tan insufribles las heridas,  
La gente que caía tan espesa,  
Que tuvimos por buenas las huidas  
Aquellos que pudimos darnos priesa;  
Por no perder allí todos las vidas  
Quedando sin efeto la promesa;  
Pero sin recelar el tal estrago  
Vamos, que tú verás lo que yo hago.»

Juntábanse bien mil y quinientos  
Hombres membrudos, sueltos, escogidos,  
Con sus acostumbrados ornamentos  
De diferentes armas proveidos:  
En aquellos ya dichos aposentos  
Los españoles son acometidos,  
Repartida por tres toda la suma,  
El rey, y Mompiaire, y Canaruma.

Unarima guió por la frontera,  
Los otros ocuparon ambos lados,  
Lo demás reguardaba la ribera  
Del río donde no hallaban vados:  
Dióse priesa la gente forastera  
A ser apercebidos y ordenados,  
Repartidos sus breves estandartes  
Para se defender por todas partes.

La grita, vocería y alboroto  
Rompe los aires por aquellos llanos,  
Daba voces el indio Paragoto:  
«Vivos me los tomad todos á manos»,  
Pero contrarios eran deste voto  
Nuestros animosísimos cristianos,  
Los cuales todos con furor horrendo,  
«Santiago, y á ellos», van diciendo.

Hieren á los caballos las espuelas,  
Los peones tras ellos repartidos,  
Amparándose bien con las rodelas  
A los mortales tiros encogidos:  
Derribanse narices, rompen muelas,  
Todo lugar ocupan los caídos,  
Tenían al herir tan buena traza  
Que por lo mas espeso hacen plaza.

No lleva tanta furia tigre hircana  
A redimir los hijos salteados,  
Cuanta lleva la gente castellana  
Por redimir encuentros tan pesados:  
El caballero lleva buena gana,  
Los peones no viven descuidados,  
Rompiendo van por el mayor aprieto  
Morán, y con él Chaves, Martín Nieto.

También en el hervor de la conquista  
El Delgado hacia maravillas,  
Sin hallar tropezon que lo resista  
De tantas y tan ásperas cuadrillas:  
No puede comportar indiana vista  
Ver romper tantos pethos y costillas;  
Todos en los caballos ponen ojos,  
Ya casi resfriados sus antojos.

Vistas pues tan pesadas turbaciones  
En el sanguinolento desafío,  
La mayor parte destos escuadrones  
Procuró de hacer largo desvío;  
Y largando nocivas municiones  
A nado se metían por el río,  
No tuvo después dellos menos grima  
Para se retraer el Unarima.

Desbaratadas estas compañías,  
Vencidos los que tanto braveaban,  
Los nuestros reposaron cuatro días  
En aquellos asientos donde estaban:  
Asechándolos siempre mil espías  
Que principales indios enviaban,  
Mas todos apartados y remotos  
De gritas y sangrientos alborotos.